

## CAPÍTULO XII

### Primera jornada

Aun no había andado Championnet un cuarto de legua por el camino de Maddalone á Aversa, cuando vió venir á un jinete corriendo á escape; era el príncipe de Maliterno que huía á su vez del furor de los *lazzaroni*.

Cuando éstos vieron la bandera tricolor sobre el castillo de San Telmo, empezaron á gritar: « ¡Mueran los franceses! » y cuantos hombres jóvenes ó viejos, había desde Pórtici á Puzzolo capaces de manejar un fusil, una pica ó un cuchillo corrieron en tropel á la capital repitiendo el grito, ó mejor dicho, el ronco aullido de « ¡Mueran los franceses! »

Cien mil *lazzaroni* se agruparon en torno de los sacerdotes y de los frailes que, con una bandera blanca en una mano y un crucifijo en la otra, hacían frenéticos llamamientos á la ira popular, desde

la puerta de las iglesias y desde lo alto de los guardacantones.

Gracias á sus discursos, la cólera de la plebe contra los franceses y los jacobinos había llegado al último grado de exaltación. Matar á aquellos enemigos de Dios y del rey era una obra meritoria, y todo *lazzaroni* que pereciese al cumplirla debía considerarse como un mártir.

Desde hacía seis días, aquel populacho medio salvaje, tan propenso á la ferocidad cuando se le deja embriagarse de sangre y satisfacer sus rapaces inclinaciones, se hallaba en ese estado de furiosa locura en que el hombre, convirtiéndose en instrumento destructivo, olvida hasta el instinto de la propia conservación y no piensa más que en matar.

Pero cuando los *lazzaroni* supieron que los franceses avanzaban por Capodichino y Poggioreale; cuando vieron la cabeza de las dos columnas y la nube de polvo que indicaba que un tercer cuerpo costeaba la ciudad siguiendo las marismas y la vía del Pascone á fin de embestirla por el puente de la Magdalena, aquella rugiente muchedumbre se lanzó en tropel hacia los puntos amenazados, como si una sacudida eléctrica la hubiese puesto en movimiento.

La columna francesa que avanzaba por el camino de Aversa venía al mando del general Dufresse, quien había reemplazado á Macdonald; éste había dimi- tido á causa de una disputa que acababa de tener en Capua con Championnet.

Á las órdenes del general Dufresse venía Héctor Caraffa, Coriolano de la Libertad que guerreaba contra el despotismo en nombre de la gran diosa.

La columna que marchaba sobre Nápoles por Capodichino era la del general Kellermann, á cuyas ór- denes se hallaba el general Rusca, el mismo á quien una bala de cañón arrebató la cabeza en 1814 ante los muros de Soissons, á la vista del que escribe estas líneas.

Al frente de la que avanzaba por Poggioreale venía el general en jefe, cuyos movimientos secun- daban los generales Duhesme y Monnier.

Por último, la columna que costeaba la ciudad, siguiendo las marismas y la vía del Pascone, venía al mando del general Mathieu Maurice y del briga- dier Broussier.

La columna de Championnet era la que más había avanzado en su marcha, gracias al excelente camino que seguía. Su derecha se apoyaba en la ruta de Capodichino, por la cual venía Kellermann, y su izquierda en las marismas en que maniobraba Ma-

thieu Maurice, convaleciente de un balazo que había recibido pocos días antes en un encuentro con Fra Diávolo.

Duhesme, pálido aún á causa de sus dos heridas, pero cuyo ardor militar suplía la falta de la sangre, mandaba la vanguardia de Championnet, quien le había dado orden de arrollar cuantos obstáculos hallase en el camino. Duhesme era el hombre mo- delo para esos vigorosos golpes de mano que exigen como condiciones indispensables la decisión y el valor.

Un cuarto de legua antes de llegar á la puerta Capuana, le cerró el paso una masa compacta de cinco ó seis mil *lazzaroni*, los cuales arrastraban una batería servida por los soldados del general Naselli.

Duhesme lanzó á Monnier con seiscientos hombres contra aquella muchedumbre, dándole orden de penetrar en ella á la bayoneta y de apoderarse de los cañones que, establecidos en un repecho, ame- trallaban á la columna francesa por encima de los *lazzaroni*.

Tratándose de tropas regulares, semejante orden hubiera sido insensata; para destruir á aquellos seiscientos agresores, bastábale al enemigo atacado de aquella manera con abrirse y hacer fuego por ambos flancos. Pero Duhesme no hizo á los *lazzaroni*

el honor de reparar en su excesivo número. Monnier partió á la bayoneta, y, sin hacer caso de los tiros ni de las puñaladas, penetró en aquel mar de cabezas humanas abriendo en él una brecha sangrienta, y, en medio de gritos, aullidos é imprecaciones, le atravesó como un torrente atraviesa un lago. Mientras, Duhesme subía con el resto de la columna á paso de ataque y bajo el fuego de la batería de la colina ocupada por el enemigo, mataba los artilleros al pie de las piezas, y, bajando el punto de mira, ametrallaba á los *lazzaroni* con sus mismos cañones.

Aprovechando el desorden que aquella descarga introdujo en la muchedumbre, Duhesme se arrojó sobre ella á la bayoneta.

Los *lazzaroni*, incapaces de formarse en columna de ataque para recuperar la batería, ó bien en cuadro para resistir el asalto del general francés, se desparramaron por la llanura como una banda de espantadas codornices.

Duhesme echó por delante las piezas de artillería que acababa de conquistar, y sin cuidarse poco ni mucho de aquellos cinco ó seis mil hombres, continuó su marcha hacia la puerta Capuana.

Pero á doscientos pasos de la plaza irregular que hay ante aquella puerta, Duhesme encontró al prin-

cipio de la subida de Casanuova un pequeño puente cuyo acceso defendían dos casas aspilleras, de las cuales partía un fuego tan nutrido y certero, que los soldados vacilaron. Monnier vió aquel movimiento de indecisión y se puso al frente de la tropa, levantando su sombrero en la punta de su espada; pero casi al mismo tiempo cayó gravemente herido. Sus oficiales y soldados se abalanzaron sobre él para sostenerle y sacarle fuera del campo de batalla. Entonces los *lazzaroni*, hicieron fuego sobre el grupo, y tres ó cuatro oficiales y ocho ó diez hombres de tropa cayeron también junto al general herido: el desorden se introdujo en las filas, y la vanguardia dió un paso atrás.

Los *lazzaroni* se precipitaron sobre los muertos y los heridos: sobre éstos para arrancarles la vida, sobre aquéllos para mutilarlos.

Duhesme, comprendiendo la gravedad de la situación, llamó á su edecán Ordonneau y le mandó que tomase dos compañías de granaderos y que á todo trance forzara el paso del puente.

Aquellos aguerridos veteranos de Montebello — que á las órdenes de Augereau y de Bonaparte habían forzado el de Arcole y el de Rivoli — se lanzaron á la bayoneta sobre los *lazzaroni*, arrollándolos con irresistible ímpetu, atravesaron el puente por

medio de una granizada de balas, y llegaron á la cumbre de la cuesta. El general y los oficiales heridos estaban salvados; pero los granaderos se encontraron entre el doble fuego que partía de las ventanas y de las azoteas, y de una casa de tres pisos que se alzaba en medio de la calle, semejante á una torre, la cual vomitaba proyectiles desde los cimientos á la techumbre.

Dos barricadas, una á cada lado de la casa, se elevaban hasta la altura del primer piso interceptando el paso.

Tres mil lazzaroni defendían la calle, la casa y las barricadas. Los cinco ó seis mil que habían huído á la desbandada por la llanura, se unieron á ellos volviendo á entrar en el arrabal por las callejuelas y por las puertas falsas de los jardines.

Al encontrarse enfrente de aquella posición, Ordonneau la juzgó inexpugnable. Sin embargo, vacilaba en mandar el toque de retirada: una bala enemiga puso fin á su incertidumbre derribándole al suelo.

Entonces llegó Duhesme con los cañones tomados á los lazzaroni; mandó poner en batería aquellas piezas y dirigió sus disparos al edificio que se alzaba en medio de la calle. Á la tercera descarga, se dejó oír un terrible crujido y el edificio se des-

moronó aplastando en su caída á los que se hallaban dentro y á los defensores de las barricadas.

Duhesme se lanzó á la bayoneta y clavó la bandera tricolor sobre las ruinas del edificio al grito de: « ¡ Viva la República ! »

Mientras tanto, los lazzaroni habían establecido una batería de doce piezas sobre una altura que dominaba los escombros en que acababa de ser clavado el pabellón francés, y una lluvia de metralla empezó á caer sobre los republicanos dueños de las barricadas y de las ruinas del edificio.

Duhesme abrigó su columna detrás de los paredones que aun permanecían en pie, y ordenó al 25° escuadrón de cazadores de á caballo que tomase á la grupa unos treinta artilleros, costease la colina en que se hallaba establecida la batería y diese á los lazzaroni una carga por la espalda.

Antes que éstos hubiesen podido adivinar la intención de los cazadores, el escuadrón atravesó la llanura sin hacer caso de los disparos que le dirigían desde el camino, formó un semicírculo, y enterrando de pronto las espuelas en los ijares de los caballos, subió á galope la colina. Al ruido de aquel huracán de hombres cuyo empuje hacía retremblar la tierra, los lazzaroni echaron á correr abandonando á medio cargar las piezas de artillería. Así que lle-

garon á la cumbre, los artilleros echaron pie á tierra y se pusieron á ametrallar á los fugitivos, mientras que los jinetes descendían como una avalancha por el lado opuesto persiguiendo á los *lazzaroni* que se dispersaron en la llanura.

Una vez desembarazado de aquellos enemigos, Duhesme ordenó á los zapadores que abriesen un camino en la barricada, y empujando delante de sí los cañones, avanzó barriendo la calle: los artilleros republicanos le secundaban desde lo alto de la colina, haciendo fuego sobre cuantos grupos trataban de formarse.

En aquel momento, Duhesme oyó á su espalda el toque de carga: volvió la cabeza, y vió la 64ª y la 73ª medias brigadas de línea que conducidas por Thiebaut, llegaban á paso de ataque gritando: » ¡ Viva la República ! »

Reconociendo Championnet por el terrible cañoneo que llegaba á sus oídos y por el número y la irregularidad de los disparos de fusil que Duhesme se hallaba combatiendo contra millares de enemigos, avanzó á galope ordenando á Thiebaut que le siguiera lo más cerca posible y fuese á socorrer á Duhesme. Thiebaut no esperó á que le repitieran la orden: salió á la carrera, atravesó el puente y por encima de los cadáveres que alfombraban las

calles, penetró por las aberturas de las barricadas y llegó en el momento en que Duhesme, completamente dueño del campo, mandaba hacer alto á sus fatigadas tropas.

Á cien pasos de los primeros soldados de Duhesme, se alzaba la puerta Capuana con sus torreones; entre los republicanos y la puerta se extendían dos hileras de edificios pertenecientes al arrabal.

De pronto, y cuando menos lo esperaban los franceses, un terrible tiroteo partió de las azoteas y de las ventanas de las casas, mientras que dos pequeñas piezas de artillería, llevadas á brazo sobre la plataforma de la puerta Capuana, vomitaban torrentes de metralla sobre los asaltadores.

— ¡ Ah ! ¡ voto á bríos, exclamó Thiebaut, temía haber llegado demasiado tarde; pero vuelve á empezar la danza... ¡ Adelante, amigos míos !

Y las tropas que habían llegado de refresco penetraron en el arrabal por medio de una doble lluvia de balas. En vez de seguir el centro de la calle, la columna se dividió en dos alas costeano los edificios y haciendo fuego sobre las ventanas y las azoteas de la acera opuesta; mientras la tropa avanzaba, los zapadores, armados de hachas, hacían astillas las puertas de las habitaciones.

Los valientes soldados de Duhesme, cuyo vigor

había reanimado aquel leve momento de respiro, comprendiendo la maniobra que Thiebaut acababa de ordenar, empezaron á invadir los edificios á medida que los zapadores iban echando las puertas al suelo. Entonces se trabó una lucha horrible en el interior de las casas. Los republicanos atacaron á los lazzaroni cuerpo á cuerpo, arrojándolos de escalera en escalera y de piso en piso. Las azoteas se cubrieron de fuego y de humo, convirtiéndose cada una en teatro de un combate aéreo. Y los fugitivos que no tenían tiempo de refugiarse en los tejados, como en su última trinchera, creyendo que los franceses no daban cuartel, según les habían dicho los sacerdotes y los frailes napolitanos, saltaban á la calle por las ventanas, y los infelices que no se rompían las piernas al caer, quedaban ensartados en las bayonetas enemigas.

Todas las casas del arrabal fueron tomadas una á una y desalojados los lazzaroni. Como había cerrado la noche y era ya demasiado tarde para atacar la puerta Capuana, los zapadores recibieron orden de incendiar todos los edificios del arrabal, á fin de ponerse al abrigo de una sorpresa, y la columna acampó frente aquella doble hilera de llamas.

Championnet llegó al concluirse el ataque del

arrabal: al ver el resultado de la jornada, abrazó á Duhesme, y para recompensar la intrepidez de Thiebaut y el magnífico movimiento ofensivo que acababa de hacer, le dijo:

— Frente á esa misma puerta Capuana que vas á tomar antes de doce horas, te nombro ayudante general.

— ¡ Bravo ! exclamó Duhesme contentísimo de la recompensa concedida al valiente oficial á quien apreciaba particularmente. ¡ Eso es lo que se llama llegar á un hermoso grado por una magnífica puerta !

### CAPÍTULO XIII

#### La noche

En todos los puntos atacados por los franceses, la lucha había sido igualmente encarnizada. De todas partes llegan edecanes al cuartel general de la puerta Capuana y entran en el vivac de Championnet establecido entre la vía del Vasto y la Arenaccia, frente á la doble hilera de los edificios que devora el incendio.

El general Dufresse halló entre Aversa y Nápoles, en un sitio en que el camino forma una angostura, un cuerpo de diez ó doce mil lazzaroni con seis piezas de artillería. Los lazzaroni estaban agrupados al pie de una colina sobre cuya cumbre habían establecido los cañones. Cinco cargas les dieron los húsares de Dufresse sin conseguir desbaratarlos. Tal era su número y tan compacta la masa que formaban, que los muertos permanecían en pie sostenidos por los vivos.

Necesario fué que los granaderos cargasen á la bayoneta para abrir una brecha en aquella muchedumbre. Por espacio de más de tres horas, cuatro piezas de montaña, dirigidas por el general Eblé, estuvieron acribillando de metralla á los lazzaroni, los cuales se retiraron al fin á las alturas de Capodimonte donde Dufresse los atacará mañana.

Al terminarse el combate, un cuerpo de patriotas, al mando de Schipani y Manthonnet fué á incorporarse á las filas del general Dufresse, anunciándole que Nicolino se había apoderado del castillo de San Telmo; pero que no teniendo sino treinta hombres de guarnición, estaba bloqueado por millares de lazzaroni, los cuales amontonaban haces de leña para incendiar las puertas, y preparaban escalas para asaltar los muros. El populacho se había apoderado del convento de San Martino, situado al pie de las murallas del fuerte, ó mejor dicho, le habían llamado los frailes, y desde las azoteas hacían un fuego nutridísimo contra la fortaleza. Si durante la noche no se enviaba un socorro á Nicolino, el castillo de San Telmo sería tomado indudablemente al rayar el alba.

Trescientos hombres, conducidos por Héctor Caraffa y los patriotas, debían abrirse paso á favor

de las tinieblas hasta las puertas del castillo: doscientos entrarían á reforzar la guarnición, los ciento restantes ocuparían el convento de San Martino después de arrojar á los lazzaroni.

Kellermann, tras un encarnizado combate, había conseguido hacerse dueño de las alturas de Capodichino; pero no pudo avanzar más allá del Campo-Santo. Fué necesario tomar á la bayoneta, unas después de otras, las quintas, las iglesias y los caseríos, cuyos defensores hicieron una resistencia heroica. La caballería, que constituye su principal fuerza, le fué casi inútil en medio de aquel laberinto de colinas y barrancos. Desde su vivac, Kellermann ve extenderse á sus pies la inmensa calle de Foria completamente llena de lazzaroni; los protege el enorme hospicio de los Pobres. Una luz brilla en cada ventana: al día siguiente, cada uno de aquellos huecos será un cráter vomitando plomo.

En la strada de San Giovannella hay una batería de cañones; en el largo delle Pigne, un vivac, compuesto en su mayor parte de soldados del ejército realista. Dos piezas de artillería defienden la cuesta del museo Borbónico, que da sobre la gran calle de Toledo.

Kellermann, con el auxilio de su anteojó, ve los jefes que recorren á caballo las calles de la po-

blación animando á sus hombres. Uno de aquellos jefes viste el hábito de los capuchinos y va caballero en un burro.

Mathieu Maurice y el brigadier Broussier se apoderaron de las marismas, aunque no sin pérdidas considerables, porque los republicanos combatían á pecho descubierto, mientras que los lazzaroni se parapetaban en los barrancos y zanjas que las cruzan en todos sentidos. Los dos jefes llegaron hasta los Granili, que el enemigo no pensó en defender, y ocuparon el camino de Pórtici. Broussier está acampado en la playa de la Marinella; Mathieu Maurice ligeramente herido en el brazo, en el molino del *Inferno*.

Al día siguiente, atacarán á una el puente de la Magdalena, convertido á la sazón en ascua de oro por los infinitos cirios que arden ante la estatua de San Gennaro.

Desde las ventanas de los Granili se domina á Nápoles en toda su extensión: las calles de la ciudad, semejantes á un inmenso hormiguero, apenas pueden contener la multitud de lazzaroni que se preparan á la defensa.

Championnet acababa de escuchar este último parte, cuando de pronto resuenan horribles gritos á su espalda, y estalla un vivísimo fuego de fusilería

á lo largo de un inmenso círculo, cuyas extremidades se apoyan en el camino de Capua y en la Arenaccia. Las balas hacen volar las cenizas de la hoguera á cuya lumbre se calienta el general.

Championnet, Duhesme, Monnier y Thiebaut se levantan, los tres mil hombres que componen el cuerpo de ejército del general en jefe, se forman en cuadro en un instante y hacen fuego sobre los desconocidos agresores.

Eran los insurgentes de las aldeas que los franceses habían atravesado aquel día, los cuales se reunieron y aprovecharon la obscuridad para atacar á su vez á las tropas republicanas: su primera descarga fué hecha casi á quema ropa.

Championnet reconoce, por lo nutrido del fuego y por la repetición de los disparos, que los invasores del campamento ascienden á cuatro ó cinco mil hombres.

Pero, en medio de aquel tiroteo y dominando los gritos y los aullidos de los lazzaroni, se deja oír al otro lado de la línea enemiga el rumor de las trompetas que entonan el toque de carga, y un fuego de pelotón, admirablemente nutrido, anuncia la presencia de tropas regulares. Creyendo sorprender á los franceses, los lazzaroni son á su vez sorprendidos.

¿De dónde viene este socorro tan inesperado como el ataque?

Championnet y Duhesme se miran sin comprender una palabra.

Los tambores y las charangas se aproximan y los gritos de: » ¡ Viva la República! » responden á los gritos de: » ¡ Viva la República! » Entonces el general en jefe exclama:

— ¡ Soldados! son Salvato y Villaneuve que llegan de Benevento. ¡ Cargad á esa canalla que no se atreverá á esperarnos!

Duhesme y Monnier cambian sus cuadros en columnas de ataque, los cazadores montan á caballo, y los acometidos se lanzan sobre los agresores con irresistible ímpetu. Los húsares de Salvato y los cazadores de Thiebaut acuchillan á los lazzaroni barrenando sus filas á punta de sable; las bayonetas de Duhesme y de Monnier abren horrenda brecha en la masa enemiga, y los vencedores de las Horcas-Caudinas y las tropas de la puerta Capuana se reúnen y se abrazan sobre un montón de cadáveres al grito de: « ¡ Viva la República! »

Championnet y Salvato cambian algunas rápidas palabras. Palmieri llegaba como siempre en el momento crítico produciendo con su presencia el efecto del rayo.

Salvato irá á reforzar con sus seiscientos hombres á Mathieu Maurice y Broussier. Si la herida del primero es más grave de lo que se cree, ó si recibiese alguna otra que le ponga fuera de combate, cosa muy posible en un general que tiene por costumbre marchar en primera fila contra el enemigo, el joven brigadier tomará el mando de sus tropas.

Al mismo tiempo, llevará al general Mathieu Maurice la orden de atacar al amanecer el puente de la Magdalena, defendido por las casas aspilleradas de la Marina y del arrabal de San Loreto y por los seis cañones del fuerte del Carmine, cuya guarnición forman un batallón de albaneses, millares de lazzaroni y un sinnúmero de los soldados que han vuelto de Liorna, los cuales se han unido al populacho.

Á eso de las tres de la mañana, despertaron á Championnet, que dormía envuelto en su capote.

Un edecán de Kellermann venía á anunciarle el resultado de la expedición al castillo de San Telmo.

Héctor Caraffa, aprovechando la obscuridad de la noche, se había deslizado á través de la multitud de colinas que se alzan entre Capodimonte y la referida fortaleza. Además de los inconvenientes

del terreno horriblemente accidentado, había tenido que sostener durante sus cuatro horas de marcha un combate continuo, desigual algunas veces, pero siempre encarnizado, que atravesar un barrio insurrecto de Nápoles y que salir victorioso de cien emboscadas.

Así que llegó bajo las baterías del castillo de San Telmo — que secundaba su marcha disparando cañonazos con pólvora por temor de que las balas se equivocasen de blanco é hiriesen á los republicanos al mismo tiempo que á los enemigos,— Héctor Caraffa reunió todas sus fuerzas en vez de dividir las en dos grupos, y en el momento en que creían que penetraba con ellas en el fuerte, se arrojó sobre el convento de San Martino. Los lazzaroni, que estaban muy lejos de esperar semejante ataque, trataron de defenderse; pero inútilmente. Celosos los patriotas de hacer ver á los franceses que no les cedían en valor, se pusieron á la vanguardia de la columna y penetraron los primeros al grito de: « ¡Viva la República! » En menos de diez minutos, los lazzaroui fueron arrojados del convento, quedando el edificio en poder de los expedicionarios.

Según se había convenido, ciento permanecieron en la cartuja, los otros doscientos treparon por el

declive del Petrio y penetraron en el fuerte, cuya guarnición los recibió como á amigos y á libertadores.

Nicolino solicitaba de Championnet el honor de dar la señal del combate al rayar el día, disparando un cañonazo.

Este favor le fué concedido, y el general en jefe mandó á su edecán á prevenir á todos los jefes de cuerpo que la señal del ataque sería un cañonazo que los *patriotas napolitanos* dispararían desde los muros del castillo de San Telmo.

#### CAPÍTULO XIV

##### Segunda jornada

Á las seis en punto de la mañana, brilló un fogonazo sobre la negra masa del castillo de San Telmo, que apenas empezaban á iluminar las pálidas tintas del naciente crepúsculo, y se dejó oír una detonación: la señal estaba dada.

Las trompetas y los tambores franceses respondieron á ella, y todas las alturas que dominan las calles de Nápoles, alturas que el general Eblé había erizado de cañones durante la noche, rompieron el fuego cubriéndose de un penacho de humo.

Acto continuo, embistieron los franceses á Nápoles por tres puntos diferentes.

Kellermann, que mandaba la extrema derecha, se unió á Dufresse, y ambos la asaltaron por Capodimonte y Capodichino. El doble ataque debía tener por resultado llegar á la puerta de San Genaro, strada Foria.

El general Championnet, según había dicho la víspera, debía forzar la puerta Capuana, ante la cual había nombrado á Thiebaut general de brigada, y entrar en Nápoles por la strada dei Tribunali y por San Giovanni á Carbonara.

Por último, Salvato, Mathieu Maurice y Broussier debían tomar el puente de la Magdalena, apoderarse del castillo del Carmine, y, atrevesando el Mercado Viejo y alguna otra vía paralela á la orilla del mar, llegar hasta la strada dei Tribunali y hasta el muelle.

Los lazzaroni que defendían á Nápoles por el lado de Capodimonte y Capodichino estaban mandados por fray Pacifico; los que defendían la puerta Capuana se hallaban á las órdenes de nuestro amigo Miguel el Loco; por último el jefe de los que defendían el puente de la Magdalena y la puerta del Carmine era su compadre Pagliucchella.

En esos combates que no consisten en apoderarse de una ciudad por asalto, sino en tomar unas después de otras, cuantas calles y cuantos edificios encierra, es mucho más temible un pueblo amotinado que una guarnición de tropas regulares. Las tropas se baten mecánicamente, con sangre fría, y tratando, por decirlo así, de economizar la sangre; pero en las luchas semejantes á la que vamos á

describir, el pueblo amotinado sustituye á los movimientos estratégicos, fáciles de prever, los arranques furiosos de las pasiones, la tenacidad del delirio y las astucias de la imaginación individual.

El combate degenera entonces en lucha de exterminio, en horrible matanza que no termina sino con el completo destrozo de uno de los bandos, y en la cual los asaltadores tienen que oponer la obstinación del valor al frenesí de la desesperación. Semejantes condiciones debían tener por un doble motivo, horrible cumplimiento en la toma de Nápoles. Diez mil franceses atacaban de frente una población de quinientas mil almas; la triple insurrección de los Abruzzos, de la Capitanata y de la Tierra de Labor amenazaba sus flancos y su retaguardia; además, temían que llegasen por mar al socorro de los sitiados los restos del ejército realista, cuyo número podía elevarse á cuarenta mil hombres. Era preciso vencer, no sólo por el honor, sino también por la propia conservación. César decía: « En todas cuantas batallas he librado, he combatido por alcanzar la victoria; en Munda, combatí por conservar la vida. » Championnet podía repetir en Nápoles las palabras de César: para no morir, era necesario vencer como César había vencido en Munda.

Los soldados no lo ignoraban: de la toma de Nápoles dependía la salvación del ejército. Por consiguiente, la bandera francesa debía flotar sobre la moderna Partenope aunque para ello fuera indispensable convertirla en un montón de ruinas.

Dos hombres con teas incendiarias preparadas por los artilleros iban en cada compañía. Lo que no pudiera hacer el cañón, el hacha ó la bayoneta, debía hacerlo el fuego, terrible auxiliar que en aquel laberinto de callejuelas y de *vicoli* iba á desempeñar el papel que á veces desempeña en los bosques impenetrables del continente americano.

Casi al mismo tiempo, esto es, á las siete de la mañana, Kellermann y Dufresse entraban en el arrabal de Capodimonte y en el de Capodichino, el uno precedido de sus dragones, el otro á la cabeza de sus granaderos: Championnet forzaba la puerta Capuana, y Salvato, con la bandera tricolor de la república italiana (1) en la mano izquierda, atravesaba el puente de la Magdalena y veía caer á su alrededor, bajo el fuego de los cañones del Carmine, las primeras filas de sus combatientes.

Imposible sería seguir aquel triple ataque en todos sus pormenores. Por donde quiera que los

(1) Azul, amarilla y negra.

franceses trataban de abrirse paso, encontraban la misma resistencia vigorosa, encarnizada, inaudita. No había una ventana, ni una azotea, ni una clara-boya que no vomitase la muerte. Por su parte, los franceses avanzaban con su artillería á la cabeza, arrojando torrentes de metralla sobre los lazzaroni, barrenando edificios, pasando de unos á otros y dejando el incendio y la ruina á sus flancos y á la espalda. El fuego devoraba las casas que no podían tomar á la bayoneta. Entonces, de aquel cráter de llamas, cuyas columnas de humo empujadas por el viento envolvían la ciudad como en un velo fúnebre, se elevaban desgarradores lamentos, horribles imprecaciones y espantosos aullidos: eran los infelices que achicharraba el incendio. Las calles presentaban el aspecto de una bóveda de fuego bajo la cual circulaba un torrente de sangre. Dueños de una formidable artillería, los lazzaroni se defendían con un vigor y una inteligencia que no esperaba el ejército republicano: cada plaza, cada calle, cada encrucijada costaba un combate; alternativamente vencidos ó victoriosos, rechazados ó agresivos, se refugiaban en las callejuelas sin dejar de combatir y volvían á tomar la ofensiva con el empuje de la desesperación y la tenacidad del fanatismo.

No menos encarnizados en el ataque que ellos en

la defensa, los franceses los persiguen por entre las llamas que amenazan devorarlos, mientras que los lazzaroni, ennegrecidos por el humo y semejantes á demonios que pelean en su elemento natural, se lanzan fuera de los incendiados edificios y vuelven á la carga con mayor ímpetu que antes. Unos y otros combaten y marchan, avanzan y retroceden sobre montones de cadáveres y de humeantes ruinas. Las casas que se derrumban aplastan á los combatientes; la bayoneta barrena las masas que se estrechan y que ofrecen el extraño espectáculo de treinta mil hombres combatiendo cuerpo á cuerpo, ó más bien de treinta mil combates en los cuales llegan á ser inútiles las armas ordinarias. Los soldados de la república arrancan la bayoneta del cañón de sus apagados fusiles para servirse de éstos como de una maza, de aquélla como de un puñal. Los heridos se arrastran sobre las cenizas y los carbones inflamados, sobre los escombros y las charcas de sangre, y expiran mordiendo ó desgarrando alguna pierna enemiga. El terreno se disputa palmo á palmo, pulgada á pulgada, y cada paso que avanza el pie tropieza con un muerto ó con un moribundo.

Á eso de las doce, la casualidad hizo que los lazzaroni recibieran un nuevo refuerzo. Diez mil de

sus compañeros, excitados por los curas y los frailes, habían salido la antevíspera por el camino de Pontana con intención de recuperar á Capua. El clero les había prometido desde el púlpito la victoria, y creyeron que los muros de aquella ciudad caerían ante ellos como los de Jericó ante los israelitas.

Aquellos lazzaroni eran los que habitaban el pequeño muelle y el barrio de Santa Lucía.

Pero Macdonald, que á pesar de su dimisión había permanecido francés, al ver aquella muchedumbre que avanzaba por la llanura de Santa María levantando inmensa polvareda, se puso al frente de las fuerzas que guarnecían la plaza, y mientras que una batería de diez cañones lanzaba torrentes de metralla desde lo alto del muro, salió por las dos puertas opuestas formando un inmenso círculo cuyo centro era Capua, envolvió á los agresores en las alas de su infantería, é hizo en ellos horrible matanza. Dos mil lazzaroni quedaron tendidos sobre el campo de batalla entre Pontana y Caserta. Los que escaparon sanos y salvos, ó ligeramente heridos, huyeron hacia Casanuova.

Al día siguiente empezó á tronar el cañón en dirección de Nápoles; cansados á causa de la marcha y de la derrota de la víspera, esperaron á que

les llegasen noticias del combate, entreteniendo el tiempo en hacer sendas libaciones. Al amanecer del otro día, supieron que la ventaja había sido de los franceses, y sus camaradas habían perdido veintisiete piezas de artillería y mil seiscientos hombres entre muertos y prisioneros.

Entonces se les agregaron otros siete mil lazzaroni, y aquella falange marchó al socorro de los que defendían la capital, dejando en el camino como sangrientos jalones á los heridos que no tuvieron fuerza bastante para seguirlos en su precipitada carrera.

Así que llegaron al largo del Castello, se dividieron en tres grupos : uno avanzó por la calle de Toledo hacia el largo delle Pigne, otro por la strada dei Tribunali hacia Castel-Capuano, y el último por la Marina hacia el Mercado Viejo.

Y aquellos nuevos combatientes, cubiertos de polvo y de sangre, medio borrachos á causa del abundante vino que les habían dado aquella mañana, fueron á arrojarse en las filas de los que combatían desde la víspera. Vencidos en Capua, querían ser vencedores en Nápoles. Y cada republicano, que ya combatía contra seis, tuvo entonces uno ó dos enemigos más que vencer, ó mejor dicho, que matar, puesto que los heridos no se ren-

dían ; mientras les quedaba un soplo de vida, continuaban peleando.

La lucha prosiguió de este modo hasta las tres y media de la tarde. Salvato, Monnier y Mathieu Maurice habían tomado el castillo del Carmine y el Mercado Viejo ; Championnet, Thiebaut y Duhesme eran dueños de Castel-Capuano y sus avanzadas iban hasta el largo San Giuseppe y hasta cosa de un tercio de la strada dei Tribunali ; Kellermann había penetrado hasta la extremidad de la calle dei Cristallini ; Dufresse se había apoderado del *Albergo dei Poveri*, después de un encarnizado combate.

Entonces hubo una especie de tregua debida á la fatiga ; unos y otros estaban cansados de matar. Championnet esperaba que aquella terrible jornada, en la cual habían perdido los lazzaroni cuatro ó cinco mil hombres, les serviría de lección y les obligaría á pedir cuartel. Pero viendo que se preparaban otra vez á la lucha, redactó sobre un tambor, y en medio del fuego, una proclama dirigida al pueblo napolitano, y encargó á su edecán Villeneuve que la llevase á los magistrados de Nápoles, dándole en calidad de parlamentario un trompeta y una bandera blanca. Mas los magistrados habían perdido toda autoridad en medio del espantoso desorden que reinaba en Nápoles, y

los patriotas se habían escondido temiendo que los degollasen. Á pesar de su trompeta y de su bandera blanca, Villeneuve fué recibido á tiros en cuantos puntos se presentó solicitando paso. Una bala le rompió el arzón de la silla, y no tuvo más remedio que volver grupa, sin conseguir que el enemigo conociese la proclama del general.

Este documento, redactado en italiano, lengua que Championnet conocía tan bien como su propio idioma, estaba concebido en los términos siguientes :

CHAMPIONNET, *general en jefe, al pueblo napolitano.*

« Ciudadanos :

» He suspendido por un instante la venganza militar provocada por una horrible licencia y por el furor de algunos individuos pagados por vuestros asesinos. Sé que el pueblo de Nápoles es bueno en el fondo, y deploro con todo mi corazón el daño que me veo obligado á causarle. Así, pues, aprovecho este momento de calma para dirigirme á vosotros y deciros, como un padre diría á sus hijos rebeldes, pero siempre amados : Renunciad á una defensa inútil, deponed las armas, y yo os prometo que serán respetadas las personas, la propiedad y la religión.

» Toda casa de la cual salga un tiro será que-

mada y fusilados los habitantes. Pero si el orden y la tranquilidad se restablecen, daré al olvido lo pasado y las bendiciones del cielo lloverán otra vez sobre esta venturosa comarca.

Nápoles, 3 pluvioso, año VII de la República  
(22 de Enero 1799). »

Á juzgar por el modo cómo había sido recibido el parlamentario Villeneuve, no debía esperarse que el pueblo depusiera aquel día las armas. Á las cuatro volvieron á romperse las hostilidades con mayor encarnizamiento que nunca. Las sombras de la noche cayeron sobre la tierra sin que los combatientes suspendieran su obra destructora. Unos continuaron haciendo fuego en la obscuridad; otros se acostaron entre los cadáveres ó sobre los escombros y las cenizas todavía calientes.

El ejército francés, rendido de fatiga, después de haber perdido mil hombres entre muertos y heridos, clavó la bandera tricolor en el fuerte del Carmine, en Castel-Capuano y en el *Albergo dei Poveri*.

Una tercera parte de la ciudad estaba en su poder.

Entonces se dió la orden de permanecer toda la noche sobre las armas, guardando las posiciones conquistadas y de empezar de nuevo el combate al amanecer del día siguiente.